

tece con tales gobiernos, tampoco por su parte sentia los estímulos del nacional espíritu. La guerra pues se emprendió sin entusiasmo por parte de la Francia, y el Rey mismo se dejó poner mas que se puso en campaña. Dijérase que, no pudiendo preverlo, presentíase al menos el rayo desolador que sobre la Francia iba á desplomarse, cuando el ejército caminaba indeciso y desanimado hácia la provincia de Maine.

« Siéntome (dice el coronista conocido con el nombre de Monge de San Dionisio) siéntome tanto mas incapaz de pintar aquel desastre, cuanto que hallándome al ocurrir en el ejército, fui de él testigo ocular, y no puedo pensar en tan tremenda catástrofe sin nuevo terror, y turbacion de mis sentidos. »

Ya hemos dicho que de tiempo atrás el entendimiento del Rey venia gradualmente debilitándose: primeramente los placeres enervaron su fibra; luego disgustos domésticos destrozaronle el corazón: por manera que tendiéndose cada vez mas denso sobre su espíritu un tupido velo de amarga melancolía, visiblemente fueron desapareciendo los bríos de la razón, y hasta la bondad del carácter mismo. ¡Horribles síntomas de una desgracia mucho mas horrible aun que todos ellos!

Así las cosas, ocurrióse al Rey un día hacer tocar á caballo á todos los clarines del ejército, y formar este en batalla fuera de los muros de la ciudad del Mans, sin objeto aparente alguno. Obedeciósele no obstante; mas cuando el Monarca á caballo y con su séquito ordinario iba á atravesar la selva inmediata á la ciudad, inopinadamente saliendo de su espesura un hombre á manera de fantasma envuelto en un blanco sudario y desnudo de pié y pierna, arrojóse sobre el caballo del Príncipe, y sujetándole con la brida clamó: « ¡Rey! No prosigas adelante, porque vas vendido! » — Dichas esas palabras el espectro huyó á la selva sin que nadie se lo estorbara ni persiguiera; y Carlos aunque pálido, trémulo, y descompuesto el semblante continuó silencioso su camino. A poco el page de lanza, hirió con ella por descuido ó torpeza el casco que otro page llevaba, produciendo el choque como era natural un metálico sonido que, como si fuera el de la trompeta del supremo día, hizo al Rey estremecerse y salir de la especie de letargo en que caminaba, para desenvainar su espada y con ella en la mano acometer furioso á sus pages clamando:

« ¡Sus! ¡sus! contra estos traidores: » — Viendo aquel frenesí acude el Duque de Orleans inmediatamente á interponerse; mas el Rey cierra con él furioso y mátárale á no estorbarlo el Duque de Borgoña, aconsejándole que huyese, y dando voces de que acudiesen todos á sujetar al Monarca que la razón habia perdido. Sujetarle, sin embargo, no fué posible hasta que agotadas sus fuerzas por el exceso mismo de la ira, él mismo, rota la espada, se dejó caer en brazos de los suyos quienes, encadenándole, pusieronle en una carreta de bueyes, y con él dieron así tristemente vuelta á la ciudad. Carlos estenuado de cansancio, y con aspecto de fúnebre idiotismo, permaneció dos días enteros sumido en tan profundo letargo que con la muerte pudiera confundirse.

De aquel medio cadáver, sin embargo, se nos habla después como de un Rey que tiene hijos, que da órdenes, que está á punto de perecer abrasado en un baile de máscaras, donde de *salvage* disfrazado se le hace figurar ignominiosamente. ¡Augusta sombra, tan infeliz como dolorida, que sirve de fantástico centro á un mundo, sobradamente real, de sangrientas orgías! ¡Regio espectro con cuya helada diestra se firmaban decretos de proscripción, y que inocente de la sangre que en su nombre á la luz del sol se derramaba, apareciase á los vivos á favor de las sombras de la noche, para deplorar con ellos los males del pueblo!

A la nueva de aquella catástrofe consternóse la Francia; y cuanto la Religión tiene de mas augusto, cuanto la superstición puede sugerir de mas absurdo, otro tanto y mas se hizo, aunque en vano, para devolverle al Rey la razón perdida. ¡Dios habia impreso en la frente de la Francia el sello de la desdicha!

Vicios y ambiciones arrojaron la máscara insolentes así que el estado de Carlos vino á quitarles el débil freno que antes los contuviera: los Duques de Orleans y de Borgoña disputándose un cetro que la regia mano empuñaba débil y por la razón no guiada, torcieron para largo tiempo aquel que debiera ser siempre símbolo de la recta justicia; y la corte entretanto haciendo de la enfermedad del Rey pretexto á su disipacion, entregábase, so color de distraerle y aliviarle, á desordenadas fiestas que, encendiendo las pasiones del infeliz Monarca, hacian horribles para él mismo los escasos lúcidos intervalos en que recobrando momentáneamente



la razon, le era dado comprender el abismo de abyecta miseria en que vivia.

Entre aquellos fatales pasatiempos recuerda la historia uno que hubo de ser funesto, y cuyo escándalo quiso expiarse con aparentes actos de devocion; por manera que para que nada faltase á la perversidad de la época, juntáronse en impío consorcio la orgía y la penitencia, el libertinage y la oracion; y mientras el Rey arrastraba penosamente su existencia, pasando alternativamente de la razon al delirio, del dolor al frenesi. La historia no recuerda tiempos tan calamitosos como aquellos!

Los emblemas de la monarquía eran insoportables al infeliz Carlos en sus accesos: sobre todo la vista de las flores de lis le ponía furioso, excitándole á destruirlas furiosamente. Por lo que respecta á su muger, tan débil era la impresion que en su ánimo dejara, que al verla solia decir: « ¿ Quién es esa? Ved qué quiere, y que me deje en paz. » Negaba además que estuviese casado, y que tuviera hijos: mas de esa aversion universal á sus parientes, exceptuaba sin embargo á Valentina de Milan, cuyas atenciones y consuelos recibia con placer y gratitud. Quizá se explique ese fenómeno, por la analogía de las penas de ambos: pero por lo que quiera que fuese, llamábala siempre « su querida hermana, » calmábase con su presencia, y con ella sola parecían serle menos largas las tristes horas de su melancólica existencia, cuando un relámpago de razon le dejaba contarlas. Nadie, sin embargo, sospechó siquiera que tales preferencias procedieran del impuro origen que las relaciones entre el Duque de Orleans y la Reina: antes por el contrario, faltó muy poco para que la ciega cólera del vulgo acusara á Valentina de haber con hechizos trastornado el juicio del Rey, fundándose (dice el Monge de San Dionisio) en que la Princesa era natural de Lombardía, país que en aquel tiempo pasaba por clásico en punto á venenos y sortilegios. Tales eran las preocupaciones entonces dominantes: no pudiendo las gentes explicarse lo extraño de sus desdichas acudían al crimen para explicarlas; y no pareciendo tampoco el crimen causa bastante, apelábase á las mas monstruosas quimeras. ¡ Pobre Valentina! Todos sus hechizos consistían en los naturales de su persona; la Francia bárbara, viéndola trasportar á su rudo clima las urbanas costumbres, y el amor á las artes de la civilizada

Italia, tomola en su ignorancia por Mágica, y no fuera extraño que la condenase á la hoguera por su belleza, como lo fué luego Juana d'Arc por su gloria. Dicese que no solamente con su conversacion consolaba al Rey, sino que inventó además para distraerle el juego de naipes, invencion que hace exclamar á Chateaubriand: « ¿ Qué testigo nos queda de la » triste enfermedad de uno de nuestros Monarcas? ¿ Qué monumento » durable testifica para nosotros las calamidades de un reinado que, » comenzando con la aparicion de un fantasma, se terminó en la de una » pastorá? — Una amarga irrision del destino de los imperios, y de la » fortuna de los hombres: una baraja de naipes. »

Dos mugeres disputaban á Valentina de Milan la primacia en la corte: la Reina Isabel de Baviera y la Duquesa de Borgoña, ambas procurando siempre sobreponer la bandera de sus pasiones á la bandera francesa. La primera abandonándose desenfrenadamente á sus sórdidos sentimientos, interponiase constantemente entre las armas de la patria y sus enemigos, añadiendo así nuevos eslabones á la cadena extrangera; la segunda, de poder insaciable, solo aspiraba á colocar en el mas alto puesto los timbres de Borgoña; una y otra con sus rivalidades y rencillas ofrecían indefenso á los golpes del Inglés el seno de la Francia.

Durante algun tiempo, no obstante, vióse libre el país de sacudimientos políticos, ya porque el Duque de Borgoña, dueño del poder supremo y en posesion además del aura popular, supo contener prudente los odios; ya porque el Duque de Orleans gozando, merced á Valentina, de no pequeña parte del favor del Rey, se mantuvo por su parte tranquilo. En realidad, entre las espadas y las envidiosas ambiciones de entrambos Duques, el cetro de la hermosura estuvo siendo el montante largos dias: Valentina de Milan, con el irresistible encanto de su belleza y de sus insinuantes acentos, dióle á su esposo amigos y cortesanos, y suavizó temporalmente el furor de sus contrarios.

Mas una vez notorio que la cura de Carlos VI era imposible, desapareció con la esperanza de su restablecimiento el dique que á duras penas contenia el torrente de males pronto á inundar la Francia. La Reina Isabel despojándose de las fúnebres tocas en que envolverse debiera, y hollándolas impúdica, entregóse con frenético cinismo tanto á los excesos



de un lujo escandaloso, como al impulso de sus desordenadas pasiones. Reina, envileciendo la diadema; muger, violando las leyes del pudor mismo, atrájose con sobrada justicia el odio y el desprecio de un pueblo que, aunque incivilizado, tenia honra y no podia presenciar impasible el espectáculo de tan infames desórdenes.

Dividida la aristocracia en dos facciones, la Borgoñona y la Orleanista, vióse teatro y víctima de una incesante guerra civil, en que cada bando al acusar con razon de los mas impíos excesos á su contrario, cometíalos mayores á su vez por via de represalias. Poco importó para alivio de los pueblos que muriese el Duque de Borgoña, pues sucediéndole *Juan sin Miedo*, Príncipe que carecia de las buenas dotes que en parte compensaban los defectos de su padre, las cosas en vez de mejorar, empeoraron rápidamente. El nuevo Duque, pródigo con el pueblo, llegó á ser idolo de este y á persuadirle de que su único objeto era libertarle de los males que le atormentaban y cuyo origen atribuia al de Orleans exclusivamente.

Parecia que la furia de entrambos Duques, sirviéndose como de terrible máscara del pretexto de la miseria pública, era ya de por sí calamidad intolerable: pero todavía la suerte en sus rigores inagotable, quiso añadir á los estragos de la civil contienda, todos los enconos de una lucha religiosa, con el cisma producido por la eleccion simultánea al pontificado de Bonifacio IX en Roma, y de Benedicto XIII en Aviñon; cisma en que tomaron parte los Príncipes temporales, y su sangre derramaron copiosamente los agoviados pueblos.

Coincidiendo con tan desastrosos acontecimientos tuvo lugar una grave crisis en la enfermedad del Rey que sirvió de pretexto á que se renovaran las ridículas quanto absurdas acusaciones de sortilegios contra Valentina de Milan, añadiéndoseles entonces, porque la calumnia es de suyo ascendente, la mas horrible aun de haber querido envenenar al Delfin de Francia con una manzana que por equivocacion comiera, costándole la vida, uno de los hijos de la misma Valentina. Con motivo, ó mas bien aprovechándose de tan atroces calumniosos rumores, el Duque de Orleans mandó á su esposa, « en magnífico tren, » á la villa de Neufchatel sobre el Loira; destierro, casi no disimulado, que Valentina soportó con su acostumbrada dulzura.

Carlos, en los primeros tiempos de su desgracia objeto de su solicitud, vióse pronto al abandono, á la soledad, al mas completo olvido condeñado; porque la piedad en los cortesanos, sobre no ser natural ni de larga duracion, desaparece luego que no la fomenta la esperanza del favor, ó la perspectiva del premio. Solo el pueblo se acordaba de su Rey viéndole enfermo y desvalido; solo el pueblo mas sensible á los naturales impulsos del sentimiento, que á las ambiciosas miras, y aun que á los preceptos de la obligacion misma.

En tanto habiase apoderado la Reina del Rey y del reino, y haciéndose declarar tutora absoluta de sus hijos, creyóse en estado de romper con todo género de consideraciones y respetos. Solo y miserable quedó el Monarca en las desiertas habitaciones del palacio; miserables y solos los Príncipes sus hijos tambien; aquel sin capacidad ni para quejarse, estos sin mas fuerza que la de las lágrimas para defenderse. — « No tienen *ni qué comer, ni qué vestir* », dijole un dia sollozando el aya de los Príncipes. — ¡ « Ay de mi! repuso Carlos con amargo dolor, no estoy yo » mejor tratado. » En tal abismo de miseria y de ignominia se veia la dignidad real entonces sumida.

En cuanto al Duque de Orleans consolábase del odio universal del pueblo, entregándose desenfrenadamente á un libertinage, fruto del cual es de sentir que fuese un glorioso campeón de la Francia, el bastardo Du-nois, por el Duque habido en Marieta de Enghien, muger de Auberto de Cany.

Mientras que las guerras incesantes entre Orleans y Borgoña desolaban la Francia, no contribuía poco el abandono en que su Rey se veia, á contristar los corazones; porque su lamentable situacion por años prolongada, era de todos conocida. Negándose á entrar en el lecho y á mudar nunca de vestidos, llegaron sus fuerzas á extenuarse, su aspecto á ser asqueroso. Veíasele *vagar* como un espectro en su desierto palacio, sin mas compañía que la *de* una jóven, que con abnegacion sublime se habia consagrado al infortunio. Esa jóven era *Odeta*, nombre en su tiempo popular, hoy de poética memoria; Odeta que por la mano impúdica de la criminal Isabel misma, conducida al lecho de su demente esposo, encontró en su corazon *fuerzas* para redimir su pecado convirtiéndose en



amante guarda y celosa servidora del infelicísimo Monarca. Convertida la regia mansion en cárcel de un loco, una muger por el vicio degradada, mas por la caridad redimida, quedó sola para representar cerca de Carlos VI la corte desertora, y la desleal familia. ¿Quién se atreverá, quién, á tirar la primera piedra contra *Odeta*, por el pueblo apellidada en su tiempo la *Reinecita*? — Seamos indulgentes como lo fueron los contemporáneos, con flaquezas exentas al menos del escándalo y de los crímenes que concitaron contra Isabel de Baviera la saña de su época y las maldiciones de la historia.

*Odeta*, consagrándose á rescatar con lenta pero segura expiacion sus antiguos pecados, y por la compasion al Rey encadenada, un dia tras otro y todos, empleábalos en procurar oscura y silenciosamente algun alivio, algun mejora, á los males y en la situacion de aquel Principe á quien todo se le negaba menos la ilusoria posesion de una corona que de nada le servía.

¡Cuán dichosa era la *Reinecita*, cuando alcanzaba ya un viejo almohadon para que en él reclinara la cabeza el pobre loco, ya algunas migajas de los banquetes de Isabel, para engañar el hambre de su desfallecido esposo!

En vez de las lisonjas y adulaciones que extraviaron su juventud, *Odeta* entonces no via en torno de sí mas que la triste sonrisa del regio insensato; no tenia otra distraccion que la de espíar, con maternal solicitud, la vaga expresion de los ojos del Rey, para adivinar por ella sus deseos y sus necesidades. De tarde en tarde solia penetrar en aquel lóbrego retiro algun caritativo religioso, á hacer limosna de sus oraciones: repetiales la *Reinecita* las incoherentes frases de Carlos, y los peregrinos conservábanlas en la memoria, para trasmitírselas á la Francia y á la posteridad.

« Por la mañana acicálase ordinariamente al espejo, como si todavía le tocara dar audiencia... A veces, un destello de energía brilla fugaz con falso resplandor en su entendimiento; y entonces la ingratitud de los Grandes y los padecimientos del pueblo son los objetos que, al despertar de su pensamiento, le preocupan. Así suele exclamar á veces: « *A mi voluntad no mas que la mia. No quiero tutor ni regente... Heral-*

» *dos, tocad los clarines! — ¡Largueza! ¡Largueza!... A los pobrecitos*  
 » *dadles trigo... ¡Sangre en todas partes! ¡Lodo!... ¡Armas!... ¡Bajad*  
 » *los puentes levadizos! — ¡A mi los fieles. El pueblo llora .. — ¡Lar-*  
 » *gueza!... ¡Largueza!... ¡Ay, querida mia, qué hambre tengo!* » Y en verdad que muriera el Rey nuestro señor, si yo no fuese á pedir como de limosna algunos mendrugos para entrambos. ¡Quién no llora, padres, ante tan doloroso desastre!

Abandonado, solo, hambriento y demente, Carlos estaba en continuo movimiento dentro de palacio, ya por efecto de la inquietud en su estado característica, ya porque el natural instinto le impulsara á buscar lo que mas necesario le fuese entre lo mucho de que carecia: mas por una causa ó por otra, el hecho es que en una de sus correrías, acertando á penetrar en la cámara de la Reina, sorprendióla en flagrante delito de incontinencia. A vista de su propia infamia, devolvióle súbitamente el honor la razon de que la desdicha le privara; y tal fué la energía de su voluntad, tal la firmeza con que su voluntad de Rey ofendido, de esposo ultrajado, y de juez supremo manifestar supo, que allí mismo en su presencia el ejecutor de la justicia, la hizo de uno de los delincuentes, aunque sin derramamiento de sangre. A la mañana siguiente, los barqueros atravesando el Sena á la altura de la Torre de Nesle vieron flotar un saco de cuero, sobre el cual se leia escrito: « *Dejad pasar la justicia del Rey.* » La Reina fué desterrada á Tours.

Al aparecer así la sombra de la monarquía para castigo de un gran crimen, creyó el pueblo ver en ello, por una parte, la mano de Dios sobre los delincuentes; y por otra la resurreccion intelectual del Rey. Engañóse en lo primero por el momento, y completamente en lo segundo; pues el esfuerzo mismo de la naturaleza para devolver á Carlos moral energía bajo la presion de un grande agravio, hizole caer al dia siguiente en mas profundas tinieblas que nunca; y para Isabel no habia escarmientos posibles. Volvió pues el marido á la soledad, al abandono, y á los cuidados de la *Reinecita*; como la infiel esposa á los desórdenes; y en tanto el extranjero adelantó un paso mas en el destrozado suelo de la Francia.

Hubo un momento, sin embargo, en que pudo esperarse algun alivio, ya que no fundamental remedio á tantos males; porque, cediendo al pa-